

34

**EL BANCO DEL COMERCIO.—SUSPENSION DE PAGOS.—
FUSION CON EL BANCO DE CANADA.—PERDIDA DE
LA SOBERANIA ESPAÑOLA.—JOVENES Y VIEJOS.**

VI y último

El año 1884 fué llamado por el gobernador don José Cárcevas del Castillo, para que me encargara de la sección de Caja, tomando posesión inmediatamente sin prestar fianza y ordenándome que en caja no bebiera ni agua. Mi antecesor estaba en la cárcel. Y efectivamente; uno de los primeros empleados á quien despedí tuvo el propósito de matarme, de lo que me libré, porque la hoja del esto que no pudo sacarla del bastón. Siete años estuve en aquel destino elevando el movimiento de la Caja á cuatro mil doscientos millones de pesos. El año 1890, el Banco del Comercio se encontró en un estado lastimoso que lo llevaba al abismo. Su presidente mi amigo don Ramón Argüelles, fué á pedirme que aceptase la dirección de dicho banco, donde peligraba su honor y su crédito. Del Banco Español bajó una comisión con el subgobernador Godoy, ofreciéndome más sueldo y regalo que no pude aceptar por ser cuestión de honor.

Catorce años dirigí el Banco del Comercio, que era un Banco sin capital y que sólo vivía de la confianza del público que le hacía sus depósitos. El año 1893 el comercio extranjero particularmente Uppmann y Borges á quienes había prestado más de seis millones, á principios del año, me declararon cruda guerra porque no rechazaba el billete de banco. El 19 de Agosto con tres millones de pesos de pignoraciones de azúcar en cartera, sin salida, por causa de la crisis americana suspendimos pagos, reembolsando los saldos en seis meses con el 6 por 100 de interés y entrando de nuevo en la vida normal. Por último y no teniendo ya que ocuparse de

la fiscalización y cuenta de los ferrocarriles y almacenes vendidos á los ingleses se fundió con el Banco del Canadá al cual dió vida y prestigio, según confesión propia.

El 10 de Enero de 1899, se perdió en Cuba la soberanía española. De Real Orden fué nombrado secretario de la representación de España que establecí en el Banco de Comercio del que era director. Más de 5.000 despachos hicimos allí. Después quedé de representante interino y di posesión al primer cónsul, el desgraciado Sagrario.

He suprimido muchos incidentes de mi vida para no hacer muy largo este trabajo; pero con lo apuntado basta y sobra para demostrar que el hombre á quien no ha abandonado la salud y que se ha visto libre de esas enfermedades que se adquieren por la irreflexión ó por el vicio, lo mismo sirve de joven que de viejo para cosas de utilidad pública.

La pasión juvenil por la mujer, no siempre acertada ni oportuna, es sustituida por la pasión á la familia que dimana de un cariño tranquilo más firme y siempre halagador.

Yo no he tenido más que un vicio: el del trabajo, vicio que aún conservo y que desempeño con la misma agilidad y franco cerebro que hace treinta años.

El 28 de septiembre de 1896, preparaba el socorro para la primera expedición de soldados enfermos que salía para España, al amparo de la Cruz Roja, de la cual soy delegado general; por la tarde se le administraban los últimos sacramentos á mi hija menor que falleció á las cuatro de la mañana, y cuando salía el sacerdote recibía yo un telegrama participándome la destrucción

por el incendio de todos mis ahorros de muchos años, allá por Contreras y Jovellanos. Pues bien; sin la horrible desgracia que para mí representaba la muerte de mi hija, lo demás no me hubiera interrumpido mi buen humor de siempre.

La vida es un tránsito sumamente corto, pero el hombre no lo nota hasta que entra en la juventud de la vejez.

No soy sólo en esta vida del viejo útil: tengo un compañero desde Trinidad don Sergio de la Vega, que es persona bien conocida en la Habana y que cuando nos encontramos me saluda con la estrofa del "Cauyitas".

Y he aquí un trabajito que empieza por un viejo y acaba por dos.

Un joven decrepito y un joven tonto de la cabeza, en nada se diferencian: son similares.

El 31 de diciembre de 1898 recibí mi licencia absoluta de soldado raso.

Mi abuelo la recibió también después de los sitios de Zaragoza, donde sirvió de soldado raso (1).

El la recibió de joven y yo de viejo; pero ambos partimos de una misma base en categoría, aunque por diferentes causas, pues ya se sabe lo que era Zaragoza en aquellas dos jornadas.

El joven que se burla de un viejo, recuerda á éste las tonterías que cometió durante su juventud.

J. M. de Arrarte.

(1) Mi abuelo casó con una joven navarra, enfermera de la legión de la famosa condesa de Rucoba en Zaragoza. De aquellos dos jóvenes no queda ni rastro como no sea su nieto..... viejo ya.